

SEMBLANZA DE LA PROFESORA MARÍA PILAR CUARTERO SANCHO

LUIS SÁNCHEZ LAÍLLA

En aquel bachillerato en el que el latín era fundamento para todo estudiante, fuere por el camino vital que fuere, de mi profesor de latín, un viejo agustino, en el que la lengua de Cicerón era un instrumento vivo y los autores clásicos, voces que todavía susurran al oído sus enseñanzas eternas, aprendí una sentencia de Séneca, que decía: «*Bonum est non laudari sed esse laudabilem*». Y estas palabras me volvieron a la memoria cuando los organizadores de este encuentro me encargaron hacer una semblanza de María Pilar Cuartero, a quien queremos hacer homenaje, porque (a pesar de que me consta que a ella estos honores le parecen un exceso) creo que se le ajustan a la perfección, pues, aunque nunca ha buscado la alabanza, por muy deliciosa que esta sea, lo cierto y lo bueno es que se ha hecho digna de ella. Así que «*Da veniam*», querida María Pilar: «*non displicuisse meretur festinat qui [...] placuisse tibi*» (Marcial, *De spectaculis liber*, 35 [31]).

Merece la alabanza en primer lugar por toda una vida dedicada sin reservas de entrega a la docencia, cuarenta y siete años de formación de estudiantes, primero como profesora no numeraria y desde 1985 como profesora titular en el Departamento de Ciencias de la Antigüedad (en el área de Filología Latina) de la Universidad de Zaragoza. El latín ha sido su viático todo este tiempo y de su contribución a la heroica supervivencia y extensión del imperio intemporal de esta lengua, a pesar del asedio de los nuevos bárbaros, son testigos los cientos de alumnos que, promoción tras promoción, han disfrutado de su magisterio, de los cuales a buen seguro habrá alguno hoy en la sala.

Sin embargo, María Pilar Cuartero tiene una doble alma, clásica y vernácula, porque, antes incluso de obtener la licenciatura en Filología Clásica por la Universidad de Barcelona en 1984, ya era licenciada en Filología Románica por la Universidad de Zaragoza, y aquí mismo defendió su tesis doctoral, que se granjeó un sobresaliente *cum laude* de los de antes, circunstancia que conviene señalar en esta época en la que algunos justifican el saber de saldo.

Esta doble alma, como digo, explica en gran medida su también encomiable carrera investigadora, compuesta por varias decenas de publicaciones, entre libros, traducciones, capítulos de libros, ediciones, artículos y otras colaboraciones científicas, aunque la cantidad es lo de menos, porque María Pilar es mujer que, como dice Gracián en *Oráculo manual*, 27, se paga «más de intensiones que de extensiones». Como nexo de unión de todas ellas son nítidas dos líneas fuertes: por un lado, la producción literaria vinculada al Humanismo en todas sus vertientes, con sus fuentes y herramientas; y por otro, la fértil pervivencia de los autores grecolatinos en la literatura española (con una excursión anecdótica pero enjundiosa a la obra de Joyce). Cada una de estas facetas inspiran, como habrán comprendido, las sesiones que nos reúnen hoy y mañana.

Entre sus páginas hay contribuciones fundamentales al estudio de la literatura neolatina y de la literatura española medieval, renacentista y barroca, que querría recordar aunque solo sea someramente, empezando por la atención que ha dedicado a la paremiología, campo en cuya documentación es autoridad indiscutible y al que dedicó una monografía: *Fuentes clásicas de la literatura paremiológica española del siglo XVI*, publicada por la Institución Fernando el Católico en 1981. La recuperación y lectura atenta de los repertorios de proverbios latinos y refranes castellanos le han permitido hacer aportaciones sustanciales al conocimiento del *Loor de virtudes*, libro de sentencias bíblicas de Alfonso de Zamora, de los refraneros de Palmireno, de la paremiología en el *Libro de buen amor*, con un artículo importantísimo presentado en el Congreso para la Edición de los Clásicos Españoles de 2002, del origen grecolatino de los refranes castellanos del Siglo de Oro o de las paremias en *El Criticón* de Baltasar Gracián, amén de todas las identificaciones de refranes y proverbios en las notas de sus ediciones, de las que hablaré luego.

La paremiología es uno de los territorios más significativos del Humanismo, pero María Pilar Cuartero se ha ocupado también de otros géneros humanísticos, que constituyen el sustrato creativo de tantos autores de esta época. Gracias a sus trabajos sobre las colecciones de sentencias y de *adagia* en la literatura latina del Renacimiento, de las colecciones de problemas (trabajo novedoso que generó un proyecto de investigación en la Universidad de Salamanca), del género del enigma y de la literatura científica en el Siglo de Oro, publicados estos últimos en revistas del prestigio de *Criticón* o *Bulletin Hispanique*, hoy tenemos un panorama más completo de la riquísima actividad científica de los hombres de letras de este periodo.

Más próximo a la pura creación literaria es su interés por el mundo de la fábula clásica, de los relatos breves en la literatura latina del Renacimiento y de las facecias, que ha dado pie a alguna de sus mejores obras y que no tiene caducidad, pues ahora está preparando un trabajo, que se anuncia apasionante, sobre la fábula latina en el Renacimiento y el Barroco, con un estudio detenido de la presencia de las *fabulae* en la *Polyanthea Nova* de Nano Mirabellio-Lang. En este universo literario encontramos su edición del *Buen aviso y Portacuentos* y de *El Sobremesa y Alivio de caminantes* de Timoneda, junto con los *Cuentos* de Joan Aragonés, publicada en 1990 en Clásicos Castellanos, que realizó en colaboración con su admirado Maxime Chevalier. Al año siguiente aparecería en la Colección Austral su edición de *El Patrañuelo* de Timoneda, y en 1997, de nuevo de la mano de Chevalier, la modélica edición de la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz en Crítica, que ha revisado en sus primeros meses de jubilada y que saldrá pronto en la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española.

Estos tres títulos suponen una contribución enorme al conocimiento de la narrativa breve del siglo XVI, que tanta trascendencia tiene en el desarrollo de la novela y también en el teatro barroco, pero hay que destacar sobre todo la importancia de la *Floresta española*, que es todo un vivero literario que, gracias al perspicaz análisis de Chevalier y Cuartero, o de Cuartero y Chevalier, nos transporta hacia delante en el tiempo, de Cervantes a Lope de Vega, de Calderón a Gracián, y con la identificación de fuentes, nos lleva a un viaje retrógrado donde se hace patente la pervivencia literaria y espiritual del mundo antiguo. Decir que muchas de las anotaciones al texto tienen en sí mismas la sustancia de artículos enteros no es hipérbole, y desde aquí invito a todos los presentes a volver a este libro chistoso para disfrutar del ingenio recreado del autor y del entendimiento de sus editores. Pocos libros deben tanto a los que se consagraron a su estudio, y esto tampoco es una hipérbole.

La importancia de estas ediciones no resta interés a otros trabajos de nuestra homenajada. En el ámbito estricto de las letras latinas, tenemos las traducciones, con su estudio correspondiente, del *Sermo* de Juan Colmenares sobre el asesinato de Pedro Arbués y de la colección latina medieval de milagros marianos de un códice de la Biblioteca Capitular de Zaragoza, *Miracula Beatae Mariae Virginis*, esta última en colaboración con Tomás Domingo Pérez. El gusto por la literatura en torno a la Virgen del Pilar dio también su fruto en un artículo que recorre la producción lírica desde el siglo XV hasta el Barroco, épocas que, junto con el Renacimiento, han estado siempre en su punto de mira investigador.

Sus contribuciones al estudio de la Edad Media, además del trabajo sobre los refranes del *Libro de buen amor* que he nombrado antes y de un artículo sobre la pervivencia de los modelos clásicos en la literatura gnómica medieval (esto en el ámbito de la literatura española), y además de las traducciones, han enriquecido también el estudio de las letras latinas, con su trabajo sobre los *exempla* en el tratado de ajedrez de Jacobo de Cessolis. Las aportaciones a la literatura de los Siglos de Oro, aparte de las ediciones de Timoneda y Santa Cruz, tienen como denominador común la cuestión fundamental de la pervivencia, bien de autores humanísticos, como el reciente trabajo sobre la presencia de Piccolomini en *El peregrino en su patria* de Lope de Vega, bien de los autores grecolatinos, con rastreos de las obras de Marcial y de otros muchos en nuestros clásicos: en el relato gracioso, por supuesto, pero también en el *Quijote* y en Baltasar Gracián. En todos los casos, su capacidad para el hallazgo de nuevas fuentes, muchas veces crípticas, habla a las claras del conocimiento extenso e íntimo que María Pilar Cuartero tiene de los autores clásicos, que solo puede suscitar admiración o envidia.

En este territorio de la literatura áurea, Gracián ha sido uno de sus autores predilectos y merece una consideración particular, porque ha indagado en su obra la presencia no solo de refranes, sino también de los autores clásicos, los humanistas latinos y la fábula, con su magnífico trabajo presentado en el congreso del centenario. En la misma ocasión se encargó igualmente de elaborar el estado de la cuestión sobre el *Oráculo manual y arte de prudencia* en un libro capital, *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, coordinado por Aurora Egido y M.^a Carmen Marín, donde ofreció certeras puntualizaciones sobre el género y los antecedentes del tratado. Todos los trabajos previos han confluído en la anotación de la edición de *El Criticón* que, junto con ella, publicamos en 2016 José Enrique Laplana y un servidor y que mereció al año siguiente el Premio de Investigación Filológica de la Real Academia Española. Quiero hacer constar este reconocimiento, dejando la modestia aparte, para encarecer los méritos de nuestra compañera. Soy sincero cuando digo que la parte más valiosa de esta edición es el tesoro de refranes, *adagia*, *apotegmata*, *exempla*, fuentes clásicas y referencias a poliantes, repertorios de lugares comunes, misceláneas y otros textos humanísticos, identificados por María Pilar y que documentan por fin con rigor la prodigiosa cultura de Baltasar Gracián. Nadie más que ella podía hacer este trabajo, sabiendo además que Gracián jamás cita sus fuentes y que siempre las altera con el ejercicio de la agudeza de ingenio para adecuarlas a la circunstancia especial de su narración, siguiendo el

procedimiento clásico de la *aemulatio*, como la misma María Pilar ha demostrado en sus trabajos.

Hoy conocemos mejor a Gracián y su literatura gracias a María Pilar Cuartero, pero la mayor recompensa de estar trabajando durante años codo con codo con ella es para mí (y creo que José Enrique Laplana estará de acuerdo conmigo) el haber podido disfrutar de su extraordinaria calidez, pudiendo decir de ella lo que Gracián de Virtelia, que es divinamente humana (*El Crítico*, II, 10, p. 452), y de eso saben todos cuantos la han tratado con cercanía. Creo que no hay testimonio más elocuente de ello en la esfera académica que el ejemplar cariño y admiración que siempre que tiene ocasión manifiesta hacia «don Maxime Chevalier» (como a ella le gusta decir) y la fraterna deferencia con que me ha tratado a mí y a otros compañeros en este menester, a veces tan ingrato pero siempre benemérito.

La obra de María Pilar Cuartero se manifiesta en sus publicaciones, pero no se agota en ellas, pues su magisterio se ha extendido también en los proyectos de investigación en los que ha intervenido: el de la tradición gnomológica aristotélica y su pervivencia en la literatura hispánica hasta 1600 y los consagrados a Gracián bajo la dirección de Aurora Egido. También en las numerosas ponencias y comunicaciones que ha presentado en distintos foros y que no voy a detallar, porque sería prolijo, aunque sí me gustaría recordar su constante participación en los Ciclos de Estudios Latinos que *in illo tempore* organizó el Departamento de Filología Latina de la Universidad de Zaragoza, y la exquisita recopilación de anécdotas de César Augusto que leyó con ocasión de su bimilenario en unas sesiones académicas de nuestra universidad. Y en las reseñas publicadas, en las que ha dado prueba de tener fino olfato crítico.

Por último, no puedo olvidar su faceta como directora de trabajos (trabajos de DEA, memorias de licenciatura o tesis doctorales), premiados todos ellos con la máxima calificación, con los que ha contribuido a consolidar la línea de investigación sobre pervivencia de la cultura clásica en la Universidad de Zaragoza. Nombraré, por su relevancia, solo las tesis doctorales: la de Óscar Íñigo Florido Grima, sobre la *Pervivencia de Marcial en las misceláneas latinas del Renacimiento y el Barroco*, que fue premio de la Sociedad Española de Estudios Clásicos de 2016 y está a la espera de publicación; y la de José Lorenzo Santana Cruz, sobre el *De elocutione oratoria libellus* del humanista aragonés Juan Costa y Beltrán, obra importantísima que había sido dada por perdida y que gracias a ambos investigadores, directora y tierno doctor, acaba de publicar la Institución que hoy nos acoge.

No estaría completa una semblanza de María Pilar Cuartero sin hacer referencia a su faceta creativa, porque, como dijo Séneca, no hay entendimiento grande sin vena (*De tranquillitate animi*, 17, 10), en este caso artística, que es ramo de locura. Aparte de un relato de juventud, que mereció un premio nacional, ha publicado hasta la fecha tres novelas, *El comprador de sueños* de 2006, *El aplauso solitario* de 2013 y la recentísima *El día de la fotografía anónima*, en las que parece haber en sus protagonistas una fascinación común por el mundo del arte, sea la música, la escultura o la propia literatura, y en las que realidad y fantasía se entretejen para crear intrigas de aliento clásico. Literatura con alma de una experta en literatura, que conoce como pocos la importancia de la *labor limae*.

Me gustaría concluir con una breve etopeya de María Pilar Cuartero. Si los trabajos y el tiempo, *edax rerum*, han ido mermando la vista de sus ojos, «criados del alma», como dice Gracián (*El Criticón*, I, 1, p. 12), nuestra amiga ha alcanzado la edad de jubilación en condiciones jubilosas pues nada ha menoscabado su cabeza, que es «alcázar del alma, corte de sus potencias» (*El Criticón*, I, 9, p. 138). Potencias que María Pilar disfruta en grado sumo. Del entendimiento no diré más, que el repaso solo superficial de los frutos de su vida dedicada al estudio es prueba concluyente de su perspicacia. De la voluntad, sí diré algo: su férreo tesón se manifiesta en su condición de mujer madrugadora, alondra, como ella suele decir, pudiendo hacer suya la corrección del refrán «Por mucho madrugar, no amanece más presto» en la tercera parte de *El Criticón* (III, 6, p. 675): «es dicho de dormilones; entiendan que el trabajar es hacer día y el que madruga goza de día y medio; pero el que tarde se levanta todo el día trota».

Y de la memoria, qué decir. María Pilar es digna de entrar en el elenco de célebres memoriosos que Pedro Mexía recoge en la *Silva de varia lección*, III, 7, donde dice que «la sabiduría es hija de la memoria y la experiencia. Porque la memoria es arca y depósito de todo cuanto entendemos y aprendemos y vemos; y lo que desto guarda y sostiene la memoria, eso es lo que nos queda y sabemos». A ella en todo caso se le puede acomodar lo que de Simónides de Ceos cuenta Mexía y es que «preguntándole si quería arte para tener memoria, respondió él que para olvidar algunas cosas la quería; que, para acordarse, no la había menester».

Pero más allá de sus muchas bondades, que también hacen de ella persona *laudabilis*, María Pilar Cuartero se merece el homenaje que aquí nos congrega por su dedicación, su esfuerzo, su inquietud intelectual y su entrañable magisterio. Para muchos de nosotros ella es el rostro humano del latín y su legado, el reflejo vivo y cercano de aquellos humanistas que vivían a hombros de gigantes.